



MALDITOS

BLOODY
FASHION
VICTIMS

UNA NOVELA DE **IRENE CLAVER**

Malditos

BLOODY FASHION VICTIMS

Irene Claver



Rocaeditorial

MALDITOS

Irene Claver

¿Qué ocurre cuando un fotógrafo y una supermodelo se enamoran?

¿Qué sucede si el fotógrafo en cuestión tiene unos ciento cincuenta años y pierde a su amada por culpa de una maldición?

El vampiro Dominique Désir Du Plessy, sofisticado y afamado fotógrafo de moda, lo tiene todo. Es refinado, atractivo, inteligente y está en la cima de su carrera. Incluso se ha topado con su alma complementaria, la modelo Gina Mann, que da sentido a su inmortalidad. Sin embargo, no cuenta con que el objeto de su amor y deseo, Gina, tenga que pagar muy caro corresponderle. Fuerzas ocultas condenan a los enamorados con una terrible maldición para la que el vampiro deberá encontrar un remedio si no quiere perder a su mitad para siempre.

Dominique buscará el antídoto durante las décadas más brillantes y revolucionarias del siglo xx. Vivirá con Gina y con muchos otros personajes los grandes hitos históricos y el descubrimiento de todo lo que conlleva la moda: la creatividad, la magia, la belleza, la expresión individual y social, el lujo, y también el poder, el engaño, la ambición.

Malditos. Bloody Fashion Victims es una novela en la que vampirismo y moda van de la mano. Una historia de seducción, sexo, fantasía, suspense y acción. O ¿qué hay más perverso e irresistible que aspirar a la belleza eterna?

ACERCA DE LA AUTORA

Irene Claver (Sueca, Valencia, 1974) es periodista especializada en tendencias —desde moda y belleza a música y viajes—, estilo de vida, bienestar o sexo. Ha trabajado para diversas revistas femeninas y ha colaborado en muchos otros medios, desde Tailandia a México. También ejerce de traductora, *community manager* y de responsable de comunicación. Tras haber publicado numerosos libros de no ficción como *66 maneras de enamorar a un vampiro*, *Trendy*, *El gran libro de las supersticiones* u *Operación verano*, presenta su primera novela, una historia que conjuga amor, vampiros y moda, con sentido del humor y sofisticación.

ACERCA DE LA OBRA

«Choderlos de Laclos, Bram Stoker y Audrey Hepburn habrían querido leer esta novela. Pasión y glamour desbordados. Irene Claver ha unido lo que nadie hasta hoy se había atrevido a unir. Si hay vampiros como los de *Malditos*, yo quiero ser como ellos.»

CARE SANTOS, ESCRITORA

«Los protagonistas de esta novela sienten la vida y su amor con la intensidad e inmediatez de una polaroid. Viajar en el tiempo junto a estos seres tan especiales y sofisticados ha sido un regalo sensorial. Un sueño cumplido que te traslada a épocas y contextos donde confluyen talento, excentricidad, arte y sofisticación. Nos recuerda que la moda es algo más que un negocio.»

LEILA MÉNDEZ, FOTÓGRAFA

«Un viaje de fantasía y amor que te hace soñar a la vez que te transporta de una manera real por el mundo de la moda en toda su expresión.»

NATALIA BELDA, MAKE UP ARTIST

A Benito, gracias por tu segunda vida.
A los que creen en mí. Son el antídoto.
A los genios, tan necesarios y tan escasos.

«¿Qué sería de la moda *sin* la literatura?»

DIANA VREELAND

¿Qué sería de la literatura sin la moda?

París, 4 de marzo de 1778

*A*preciada Vera, Señora mía,

En estos días, todavía aturdido y preso de la duda, he sabido de la gracia que me dispensó con su ayuda, al tiempo que intento comprender cuál es mi nueva situación y en qué me he convertido tras el desagradable episodio de hace unas semanas. Su gentil sirviente se ha cuidado de informarme sobre su estatus y sobre los porqués de acogerme bajo su protección. No puedo sentirme más agradecido, mi Señora Vera Dempress.

Solo deseo con lo mejor de mi ser que el hecho de ofrecerme su palacete, su confianza y su apoyo no haga mella en su reputación de buena y respetable ciudadana parisina, y que tal comportamiento no le cause roces con las esferas de la corte y del pensamiento.

Bien conocéis de dónde procedo, que me unen lazos de sangre con los descendientes del cardenal Richelieu, y que con seguridad esta vena familiar afecta y cercana a lo militar y a la Corona me perjudica en estos tiempos revolucionarios y escépticos para con los estratos de poder y sus privilegios. No mostraría asombro por que el pueblo llano no aceptara mi sincera fraternidad en relación a sus penu-

rias, aunque nunca hubiera esperado que fueran mis propios semejantes quienes me condenaran al destierro social por socorrer a los más necesitados.

Lo último que recuerdo de aquel domingo borrado de mi mente son los gritos de la masa a mi paso, en el camino infame desde la prisión a la plaza donde se erigía el cadalso. Se me había juzgado sin darme opción a una defensa bien preparada, cargando como única acusación ser un traidor a la justicia, pues había participado en salvar a inocentes condenados de cumplir su pena de muerte.

Aún las mentes oscuras pueden negar a unos cuantos la vida y a Dios, jugando con el analfabetismo y enfrentándose a las nuevas corrientes que al fin defienden el papel de la Razón en el desarrollo de las vidas humanas. ¿Dónde está el deseo exacerbado de enseñar y de aprender, el espíritu enciclopédico de Diderot y D'Alembert, de Voltaire? ¿Dónde están aquellos que guardan al individuo de los abusos de los gobernantes y de los intolerantes religiosos? La fe en nosotros, que tenemos mente y corazón, pensamos y sentimos con el fin de transformar la realidad. No nos bastamos en el combate intenso contra la superstición, la falta de humanidad, el pesimismo. La revolución definitiva debe estar por llegar o la Iluminación no tendría ningún sentido.

En esta coyuntura, he sentido un hondo temor, Señora. Sigo vivo, cuando sé con certeza que morí. Con todo y haber visto las garras y la cara de la muerte, he despertado en un camastro de su casa notándome pálido, cansado e incorporado a otra vida que no creo mía. Quienes me atienden me han rogado que descance y que sea paciente y no salga a la calle. Me han recomendado reposo para acostumbrarme a mi nueva condición. El miedo me ha estado desgarrando por dentro. Hasta esta mañana.

Dado mi sufrimiento, sus fieles sirvientes han estimado

conveniente pedir su intervención. Pese a que sé que la veré pronto, he leído la misiva que me ha mandado como anticipo a nuestra entrevista, que ha actuado de bálsamo ante mi desasosiego, y también como afilado cuchillo.

Soy un vampiro: he ahí la explicación. Soy de su estirpe, su raza, su casta. No por fallos ni ofensas, sino por compasión y justicia: así recuperan la vida los que cometemos actos sacrílegos a ojos de Dios, pero somos misericordiosos a juicio de las personas. Salvé a muchos, y he sido salvado.

¿Qué voy a hacer ahora, mi estimada Señora? Ayúdeme en estos momentos de angustia, puesto que el dilema de vagar entre la vida y la muerte me ha encerrado en la más horripilante de las cárceles.

A la espera de sus noticias quedo.

Su admirador agradecido,

Dominique Désir Du Plessy

V. D.

*Q*ueridos y queridas, mi nombre es Vera Dempress. Traducido: la Verdadera Emperatriz. Mi misión consiste en trasladaros los sucesos que habéis conocido y que podéis seguir leyendo.

Soy la que todo lo ha visto y todo lo ha entendido.

De la misiva anterior quizás habréis deducido que existe algo sospechoso y lóbrego entre el glamour y el amor en esta historia. Creo que os debo una breve aclaración, entonces. Quiénes somos, de dónde venimos, qué deseamos.

17

No fingiré haber hallado por casualidad las cartas de uno de los protagonistas de esta crónica, cual cuento recuperado para la tradición por un Le Fanu, un Cervantes o una admirada Pardo Bazán. No es necesario que me esconda tras recursos literarios. Me declaro responsable de las alegrías y desvelos de Dominique Désir Du Plessy, pues soy su mentora y protectora. Y, como tal, conozco sus pasos en el ayer y en estos días. Esté o no en carne y hueso, mi poder me permite narrar cada detalle de su larga vida. Mi poder es incontestable. Nos hemos acompañado desde las postimerías del siglo XIX. En efecto, somos viejos, pero eternos.

Nunca desaparecemos.

La muerte forma parte de nuestra absurda existencia. De ahí que le demos un sentido trascendental a nuestras vidas ro-

badas, a través de las artes; solo estas pueden salvarnos del desierto en la sombra. Aquellos que nos ven como cadáveres revinientes, chupasangres, depredadores, bestias y que no aman la belleza están más muertos que nosotros. Porque, que conste por escrito: los vampyrus malditos, los que hemos sido condenados a este estado intermedio entre la vida y la muerte por habernos rebelado contra la injusticia, no portamos en nuestra alma a la bestia enferma de sangre. No precisamos devorar el fluido vital humano como otros vampiros, aunque dentro de nuestro refinamiento, podamos beberla si lo elegimos. Somos sofisticados y, en todo caso, nos consume la pasión, el amor desmesurado por lo bello, por los acontecimientos que estremecen o cambian el curso de muchas vidas, o por un ser humano único que nos hace arder, que nos infunde savia. A eso podéis llamarlo alma, ¿verdad?

Mi arte es la estética, es la imaginación transferida a la realidad o, mejor aún, cualquier realidad que no seamos capaces de distinguir de lo imaginado. La moda es el hecho más de ficción que existe. Y lo vampírico es tan oscuro como la cara más perversa del lujo, del poder, de la tiranía de la apariencia. Personifica lo que se idolatra en la moda: la eterna juventud, la belleza por la que venderíamos el alma al diablo. Vampiros y modernos somos como el sol para la flor y las cenizas para el fuego.

Por lo que respecta a mi protegido, Dominique ha encontrado en su camino una hoguera mayor que la de nuestra inspiración y oficio, la moda: a sus ciento cincuenta años de vivir en el castigo de la inmortalidad negra, de ser convertido en vampiro por mí, reconoció a Gina, su mitad humana sin la que no puede sobrevivir. Lo suscribió el gran Baudelaire: el amor es el anhelo de salir de uno mismo. Así que es la obligación de Dominique luchar contra él mismo y sus sufrimientos para reunirse con su otra parte. Que salga y se ponga el sol, que truene, llueva y nieve y que todo se recomponga y él pueda comprender hacia dónde camina.

Hasta aquí, las circunstancias son las habituales para un vampiro completo, el que está enamorado. Debe llorar, sentir, reír, amar y odiar hasta el tuétano, con miras a desarrollar su personalidad, a descubrir su poder. Por desgracia, en su camino también se ha cruzado un verdadero monstruo, y el agravio ha variado nuestro trayecto tranquilo y artístico. Hoy me veo en la necesidad de contaros sobre este viraje en nuestras vidas como única manera de recuperar la cordura y la dignidad de nuestros nombres y de nuestros congéneres. La historia de Dominique y Gina, nuestros protagonistas, es la historia de una maldición inaceptable conducida por la envidia suprema.

Desde la ciudad en la que nacimos Dominique y yo, Vera, en París-centro del mundo, muchas sorpresas nos han cambiado, muchos sueños se han henchido y arruinado y mucha magia ha transformado nuestras indumentarias en declaraciones de principios de cada década del siglo xx.

Y todo eso lo he visto, lo he entendido y lo escribo aquí.

PRÓLOGO

La continuación del principio

*Now that I'm tangled up in chains,
Caught in this human cage,
Trapped, and I'm fired up with rage
And somebody's got to pay.
Love that was just a waste of time,
Oh, not anymore
I can feel it coming at me,
But I'm locked away and I'm bound to stay,
So no one can get in
I'm a man in chains
I only pray that before I die,
Just like a phoenix I will rise and fly.*

*Man In Chains, Spandau Ballet,
Through the Barricades, 1986**

* Enredado en estas cadenas / atrapado en este cuerpo, en esta jaula humana / atrapado, y encedido de la rabia / Y alguien tiene que pagar. / Un amor que ha sido solo una pérdida de tiempo / Ya basta, aunque aún lo siento. / Pero sigo encerrado y aquí estoy obligado a permanecer, / y nadie más puede entrar./ Soy un hombre encadenado. / Solo ruego que antes de morir / pueda levantar el vuelo como un ave fénix.

La fiesta (\$250,000 *fucks*)

Parece mentira que hayamos llegado hasta aquí. Esta noche puede culminar en un nuevo encuentro, como ha sucedido otras veces en las décadas pasadas. Los años ochenta. Es maravilloso. Ella no lo sabe: Gina, la mitad femenina de esta historia, está a las puertas de ser la chica de todos, la cara, el cuerpo y el alma de estos tiempos agresivos y sensuales de la penúltima década del siglo XX. Es como si te alcanzara un rayo y sonrieras a la vez. Electricidad, ya que la metáfora se presta, no nos falta esta noche. Bostezos, risas impostadas, aplausos breves y enfáticos, de esos que calientan las palmas de las manos, un «¿A ti también te han invitado? Emocionante». El bullicio ramplón lo excluye de cualquier evento selecto en esta ciudad —en París moriríamos de vergüenza ante un despliegue de vulgaridad de este tipo—. Ellos creen que ser elegidos a dedo para formar parte de un *happening*, para conformar la comitiva de *Very Important People*, es tan moderno. Ojo, y yo creo que lo moderno resulta una delicia, pero aviso de que las fiestas ya no son lo que eran.

En realidad, estamos aquí por otros asuntos. No os creáis que no adoro bailar; del ballet a Broadway, estas piernas han volado y temblado de pura extenuación. Hace demasiado ca-

lor, todos sudan y se insinúan. Mi estimado y caballeroso Dominique, la otra parte interesada de este relato, me tiene admirada en su capacidad de adaptación a las técnicas de seducción; las artes amatorias no siguen los mismos patrones en cada época, por mucho que simplifiquemos y nos ciñamos al romanticismo de folletín. O al sexo por el sexo. Pero claro, Dominique es un superviviente. No minusvaloremos sus más de cien años vampíricos de aventuras que harían temblar de placer a cualquiera. Ha conocido seducciones de altura y de bajura. Los terapeutas *yuppies* se deleitan con su «inteligencia inter e intrapersonal» (en unos años, otro mengano pondrá este concepto en el mapa como «inteligencia emocional»).

Apostado en un estratégico rincón entre la penumbra de las mesitas reservadas y la cegadora pista de baile, Dominique, alto y de físico poderoso, nuestro famosísimo fotógrafo de *socialités* y de moda, viste un pantalón de cuero negro y una blusa de seda del mismo no-color. Como exquisito dandi dieciochesco original, su levita azul marino de lana fina, abierta en un faldón de estilo frac, se abrocha con corchetes, disimulados tras los botones decorativos dorados. Unas botas hessianas ribeteadas de cuero azul completan su conjunto. Dominique está a un paso del look *Blade Runner*, la película cuyas escenas se proyectan en bucle en la pantalla del club. O eso piensan los que le admirán esta noche, quizá sugestionados por el tema de este *happening*: la Inteligencia Artificial. Como si eso existiera y, dado el caso, les interesara que existiese.

Sus acompañantes eternas son dos chicas tan despampantes como impresionables. Le siguen a todas partes, como las cortesanas de una reina rococó. Le abrazan por turnos, acarician sus mejillas, sonríen a la concurrencia. Los mirones no alcanzan a entender quién es la presa de quién: el dandi de sus señoritas, o las gatas salvajes del caballero. Dominique atiende

a su pareja de espigadas y andróginas señoritas, envueltas en sendos bustieres de ante y tul superpuesto y vestidas con un pantalón de pinzas y de tiro alto y con una falda lápiz *midi*, respectivamente. Ambas hacen equilibrios sobre unos fabulosos zapatos de tacón de aguja acharolados. Peinan su corte *à lo garçon* como hombres de negocios poderosos, abusando del gel fijador y con ligero tupé. Una pareja para alabar, desde luego. Su pareja de vampiresas fieles.

—Dominique, cariño, te noto inquieto. ¿Qué te preocupa? —pregunta Valérie, una de sus enigmáticas acólitas.

—Sí, cuéntaselo a tus niñas —insiste Antoinette, la otra acompañante.

—Sueño cosas que no quiero que sepáis —replica Dominique, misterioso y preocupado.

Sin despegar su mirada de la puerta de entrada al local, Dominique roza sus labios con los del *rouge* intenso de Valérie.

—Deja pasar el pensamiento como pasa la nube por el cielo, dirían en mi clase de hatha yoga. Oh Domi, no puedo entender que no hagas yoga ni pilates. ¡Es increíble! —apostilla en tono caprichoso el cincuenta por ciento del tandem sensual, Antoinette.

Desde luego, no son estas chicas quienes restan paz al fotógrafo. Para el caso, sí, está muy serio, turbado. «Gina, Gina, Gina», piensa Dominique.

En la multitud divisamos a dos chicas más: Gina y Christine. Estas hace horas que entrelazan sus manos. En el desfile, en el *backstage* del desfile, en la limusina que las ha conducido de su sueño de modelos hasta esta fiesta de moda, se han comportado como chiquillas corriendo por un campo de girasoles. Todavía no se han percatado de que siguen cogidas de la mano, aunque atravesando otros gigantes luminosos, los rascacielos de Manhattan primero y, bueno, estos otros girasoles escandalosos, los invitados a LA fiesta, encantados de conocerse a sí mismos en este club y esta noche. Giran y giran alrededor de

sus soles, sus reyes y reinas del mundo de la moda, ansiosos por arrancarles su favor. Ya os lo he dicho, echo de menos a la gente con estilo.

No, no, no. Respecto a la falta de estilo, no me refiero a Gina —a Christine tal vez sí, para qué os voy a mentir—. El estilo es una manera de vivir. Es lo que cada mañana te empuja a comerte el mundo. El estilo le da sentido a todo. Sin este, ¿quiénes somos? Nadie. Ni con un vestidor a rebosar de ropa y de nombres de diseñadores en sus etiquetas.

Gina tiene ese algo singular. Y punto. Empero, los chicos de la puerta del club Vertigo las han dejado fuera porque su indumentaria de *preppy girls* no era lo suficientemente cara ni *cool* para pagarles el precio de la entrada. Qué sabrán los porteros de Nueva York de clase y de estilo. Así que Gina y Christine han probado suerte en esta parte de la ciudad, y esta fiesta secreta de Hudson les ha abierto sus brazos. Dominique y Gina, por fin juntas, destinados a encontrarse. Un destino, no obstante, que solo conoce y persigue con avidez mi protegido, mientras que su Gina aún es feliz en su ignorancia.

¡Una fiesta! Una más de las que ocupan nuestras noches, pero de las primeras para la modelo Gina. La chica está emocionada. Gina y Christine desconocían el *dress code*: ciencia ficción. A años luz de los atuendos futuristas, son el vivo ejemplo de las ricas aristócratas del Upper East Side neoyorquino, tal como el diseñador para quien han desfilado pretendía. Un jersey de cachemira hasta los pies y un vestido de gala de satén las delatan. Ay, y las botas camperas y ese sombrero a lo Gran Gatsby de Gina.

Se abren paso entre el nutrido grupo de álguienes y de donnadies. Me ocupo después de los álguienes, si no os importa. Solo observaré que de ellos es el reino del lamé y del satén. Los donnadies, por su parte, han elegido en masa el blanco y el planteado como colores de cabecera. ¿Es siempre espacial la Inteligencia Artificial? Hasta tres personas se han decantado por

disfrazarse de cometa Halley, que nos honra con su paso este año. No puedo decir lo mismo de los pelucones empolvados de tiza naranja con los que rinden homenaje a su cola cometaria. Cardin, Courrèges y Rabanne podrían congratularse por las decenas de minifaldas de vinilo, viseras de plexiglás y gafas Eclipse que dominan el paisaje. Hay geometría y poliéster hasta la saturación visual.

En medio de esta escena que se me hace como un videoclip de Russell Mulcahy —aunque no suena *Video Killed the Radio Star*, lo que resultaría tan extremadamente oportuno—, las dos modelos continúan avanzando mano con mano, ambiguas, seductoras, tímidas.

Y un atractivo dandi de negro las persigue con los ojos fijos en ellas.

Los que suenan, divinamente, son los Talking Heads.

Watch out, you might get what you're after.

27

Cool baby, strange but not a stranger.

*I'm an ordinary guy. Burning down the house...**

—¿Me esperan aquí, señoritas? —Dominique deja a Valérie y a Antoinette e intenta acercarse a Gina saliéndole al paso. Sonríe, se siente fuerte. Escucha los pensamientos de los donnadies. Ojos verdes, mentón y pómulos tallados por la belleza misma, hombros torneados, manos de largos dedos. Seduce a hombres y mujeres con un simple toque en el hombro. La multitud se abre a su paso y muere por un beso del vampiro fascinante. Mira a su alrededor. Gina ignora que continúa paso a paso hacia él y que, en cualquier momento, sus rostros se encontrarán.

* Cuidado, que igual consigues lo que andas buscando. / Una chica cool, extraña pero no desconocida. / Y yo soy un tipo corriente. Se quema la casa.

Hold tight wait till the party's over.

Hold tight we're in for nasty weather.

*There has got to be a way. Burning down the house...**

Un caballo árabe (sí, ciencia ficción de la buena) montado por una rockera teñida de rubio platino y de negro azabache y enfundada en un mono de malla de metal y plástico que no deja nada para la imaginación se interpone en el camino recíproco de Gina y Dominique. El precioso animal relincha y todos se vuelven locos, aplauden a rabiar, toc-toc-toc, cascos contra los azulejos pulidos de porcelana de la pista de baile, ohs, ahs. Una vez repartidas las sonrisas y los pétalos de rosas blancas, el *deejay* presenta a la medio rubia oxigenada y mete el vinilo de 7 pulgadas de *French Kissin' in the USA* a sus 45 revoluciones.

Es entonces cuando la detestable criatura aparece entre Gina, Dominique, el caballo y la rockera. Esta es una fiesta por invitación. Si no has recibido tu ficha de dominó del doble seis dentro de una cáscara de huevo reparada a la japonesa, no debes estar aquí. Por tanto, no entiendo cómo se ha colado Manfred. ¿Qué retorcida mente se acordaría de mandarle un huevo sellado con barniz de oro, un símbolo de la belleza de las heridas, de la imperfección, a un tipo marcado por profundas cicatrices? El *kintsugi* no es para los monstruos, no me hágáis reír. Manfred Hass, conocido como Hass, el Odio, un malvado, cruel y servil hombre de mediana edad, responsable de que se manufacturen las ideas, de llevar a la fábrica un diseño y replicarlo para que esté listo para llevar por toda alma posible. Manfred, el gran artífice de la maquinaria del *prêt-à-porter* y para muchos el gran traidor al arte

* Aguanta, espera a que termine la fiesta. / No salimos porque el tiempo es asqueroso. / Tiene que haber una manera. / Se quema la casa.

de la aguja exclusivo, se encarga de hacer pagar a Dominique una viejísima ofensa. La de la maldición de su señor Yuri Upravleniya, el mago, el escapista, el Duque de Humo que hoy es un alto industrial de la moda. Maldito sea también Hass, porque se toma la venganza de su amo tan profundamente como la última cicatriz que desdibuja su torso.

Mi mente y un cruce de mis dedos anular y meñique ponen en alerta a Dominique, que rápidamente retrocede hasta las sombras. El purasangre se pone nervioso y sus admiradores empiezan a recular. Manfred Hass profiere unos agudos gritos de rabia que se confunden con el estribillo de la canción, que parece sonar aún más alta y acelerada, y también con los de la cantante, que no sabe controlar al corcel. El *deejay* está convencido de que la fiesta comienza a animarse, y jalea al público. Este, aterrado, que no animado, no puede estar más histérico.

Dominique y sus mujeres fatales escapan apresuradamente por el piso superior. Su última imagen del local es la de un caballo desbocado, rostros de pánico, tiza naranja en el aire. Vuelan las hombreras, se esparcen las lentejuelas espaciales y se corren las máscaras de pestañas. Definitivamente, a la naturaleza salvaje no le gusta lo artificial. A mí, Vera, por el contrario, sí. Dame artificio y te daré sueños.

Dame además la forma de que Manfred abandone su persecución. Ese tipo se afana en alcanzar a Dominique. Nunca lo dejará en paz. Nunca nos dejará en paz.

29

Las dos modelos continúan sus pasos lejos del escándalo del caballo, la rockera y las lentejuelas, hasta dar con el reservado de la fiesta.

—Nena, ¿has visto un fantasma? Estás más pálida que un neón desgastado de Queens.

Una suerte de guarda de entrada al reservado pasa la palma de la mano por delante de la cara guapa de Gina, que aún anda

por su propio espacio exterior. La modelo parece despertar de una mala sesión de hipnosis. Christine la ha arrastrado hasta allí y la sujetó por los hombros cual madre protectora.

—Lo que veo por aquí son muchos vampiros. Dejadme pasar, que vengo sedienta del Concorde, chicos —avisa la carismática cantante y modelo Grace.

—Oh, Grace, ¡no esperaba encontrarte aquí! —responde Christine la supermodelo.

—Ni yo tampoco a mí misma, *my darling* Christine. ¿Dónde está ese marido tuyo, de gira otra vez? Que no toquee tanto el piano y que te sobe más a ti, que luego una sabe las cosas que pasan. Al mío me lo llevo de gira siempre.

—Pero tú eres la Jones —afirma Christine.

—Y él, el Joel —reafirma Grace. La altísima negra de pómulos de acero pide una copa a gritos y a chasquidos de dedos al tiempo que camina con paso marcial hasta la barra del fondo.

30

Alerta el guarda de la familiaridad de las chicas con los álguienes, no quiere impedir su entrada al reservado de la fiesta privada. Han venido los que dan fuerza y sentido a estos eventos, los que los periodistas necesitan para entonar en sus crónicas sociales la palabra «glamour». Los álguienes, recordemos: el lamé y el satén. Sin embargo, aquí dentro a lo más contamos alguna chaqueta metalizada. La gente de la moda no se tiene por seguir tendencias ni códigos, más que los tuyos propios, claro.

Mira, en cambio, a toda esa gente del cine que no falla a un evento, Richard, el *sex symbol*; Rob, el rompecorazones y todos los del Brat Pack. Creo que Giorgio los podría adecuar un poco. Por muy guapo que seas, una mano de diseño conviene para remontar un poco el glamour de Hollywood. Por los dioses, estos adolescentes eternos solo se fijan en los peinados. ¿Qué tal ese tinte pelirrojo creado por el peluquero de las estrellas, Liuciani, para Molly, y toda esa laca? Me consta que esos cardados le pasarán factura a la capa de

ozono. El año pasado, la humanidad entró en pánico cuando desvelaron que habían descubierto un agujero en la capa de la atmósfera que nos protege de morir quemados por el sol. Terrible muerte a la que no quisiéramos exponernos ninguno de los de mi raza vampírica.

Los humanos se han consolado cardándose el pelo más que nunca, duplicando la producción de artículos plásticos (y he ahí la fiebre por los Osos Amorosos, la Muñeca de fresa y el hula hoop, que los rusos han vetado porque les resulta un insoporable ejemplo de la vacuidad del imperialismo capitalista americano) y dándose al arte callejero a golpe de espray. Este último acto de preocupación por el medio ambiente es la especialidad de otros miembros de mi selecta estirpe. Ya me he despedido de Jean-Michel y de Keith. Se marchan. Prefieren divertirse un poco con el aerosol y los paseantes nocturnos incautos del Meatpacking District. Me gusta que Jean-Michel tenga como musa de su *graffiteo* a esa estrella del pop que no duró ni un día en su empleo del Dunkin' Donuts. Está destinada a ser la artista femenina más importante de la historia, y vender roscones glaseados de colores no le pega a una rebelde con causa que se atreve a autorizarse como una virgen y una chica materialista al mismo tiempo.

Los personajes que más me interesan comparten velada connigo. Bebemos vino blanco sin burbujitas y nos conocemos desde siempre. Nosotros inventamos las revistas de moda como vosotros las entendéis. Nosotros convertimos la mentira en verdad y la verdad en un juego. Nosotros os amamos y queremos ser correspondidos sin excepción.

Diana & Dick, Moira, Iris y servidora somos colegas de trasnoche. Más que nada para poder ser testigos fiables para la posteridad de lo que ha sucedido, sucede y sucederá en términos de tendencia. Por descontado, unos cuantos temen nuestro juicio, y no me extraña. Si no nos enteramos de qué se ha creado, de qué ha pasado, lo ideamos, y es automática-

mente lo que llena la calle. De ahí que ni a los modistas, las modelos, los críticos ni los paparazzi se les ocurra agasajarnos con burbujas. Es de mal gusto airear demasiado un buen vino y una buena novedad.

La feliz novedad por fin se aproxima a nosotros, y se llama Gina Mann. ¡Oh, nuestra Gina, la niña que tan bien conozco sin que ella sepa de mí! Es preciosa, cándida y el ochenta y cinco por ciento de los habitantes de las ciudades civilizadas se la llevarían a la cama. De inmediato, Diana y yo sentimos que se nos acelera el corazón. Debo participaros que somos hermanas gemelas, y las gemelas nos compenetramos en intuiciones, aunque yo le lleve ventaja a Diana, puesto que no me propongo adivinar el futuro, sino que ya lo conozco. En este sentido, la visionaria es ella, pues su intuición y su olfato para lo especial son reales. Asumo que me gana a original y a irreverente. En absoluto: ¡miento! Cuando nació el descaro, ahí estaba yo. Y qué narices, fui yo quien puso en su camino a Avedon, y a este feliz y chisposo par de colegas que son mi hermana y Dick estoy por ponerles en bandeja a la mejor modelo de toda esta década excesiva, la de 1980.

De rebote, estoy segura de que Moira va a fichar a Gina, o ya nunca podré confiar en su pericia como *scouter*. Una agencia importante debe manejar el futuro de la próxima supermodelo, que dejará a su modesto representante, y será la agencia de Moira. Como una de las hijas hilanderas de Zeus que hilan, ovillan y cortan las vidas de los humanos, nuestra Moira ha regalado al mundo a todas las caras publicitarias desde los años sesenta. El *allure* de las modelos se debe a lo que su *booker*, el fotógrafo y el equipo de estilistas de ropa, maquillaje y peluquería tramen. Queremos a alguien con personalidad y a la vez a la chica camaleónica que se adapte a cualquier imagen. La línea entre lo bello, lo creíble y lo ideal se rompe por múltiples partes y por eso todo este tinglado funciona. Por eso, todo el mundo muere por dormir con una modelo. No aceptamos que,

bajo las sábanas, la modelo es una chica más, como Jenny, la vecina del barrio. Apagas la luz... y la chica de barrio te hace aquellas cosas que te complacen, y que la modelo no te hará. No me pidáis más detalles, pervertidos.

La piel olivácea, los enormes ojos color avellana y una eficaz melena castaña que cae en torrente y en la que se reflejan las luces discotequeras. La figura delgada de extremidades largas y pechos redondos. Las caderas y las nalgas prominentes pero contenidas. Esa es Gina, la gacela que provoca de manera inconsciente, justo cuando la leona Christine nos saluda pizpireta y nos despierta de la ensoñación. En mi vida he visto melena rubia más enorme. Las *preppy girls* deben controlarse con el secador, ¿verdad?

—*Ciao tutti!* Estás guapísimos, besos al aire para los cinco, muá-muá. —La felina Christine con pinta leonina al final es un encanto.

Moira, la directora de agencia de modelos que siempre luce un casquete rígido con velo moteado que oculta parte de su rostro, por miedo a mostrar su verdadera edad, fuma como un carretero. El halo la persigue desde los años cincuenta. Por cierto, coleccióna boquillas plateadas con forma de pistola. Es estilosa hasta para encañonarse la boca.

—Tú eres la chica del chico del piano, ¿no? Qué pareja de americanos de *pedigree*. —Moira se dirige a Christine, ojea a las dos y da una calada.

—¿No nos presentarás a tu amiga, querida? Te vemos en las portadas cada mes, pero ella también nos parece adorable. —Quien insiste es Diana, y me digo que la quiero porque siempre se adelanta a mis deseos. Queremos que Gina entre en nuestras vidas y que nunca nada vuelva a ser igual.

Iris tiende la mano a Gina y la hace voltear como si diera un paso de baile.

—Incluso con este horroroso jersey que arrastras por los suelos estás maravillosa, ¿verdad Dick? —prosigue Diana.

—Absolutamente maravillosa —corrobora Dick—. ¿Qué haremos contigo, criatura?

Gina se ha quedado muda, busca con la mirada a Christine, más acostumbrada a estos *castings* improvisados, y la rubia modelo le susurra:

—Te quiero. Eres la mejor. Demuéstralos.

Nuestra bella protagonista ladea su sombrero.

—Gracias a todos. Me siento muy halagada.

Su voz es dulce y aniñada. Les ha conquistado. Me he emocionado. Lloraría si pudiera. Iris con sus enormes gafas redondas levanta los brazos hacia el cielo.

—Me cuentan que quieres ser modelo de verdad. Para tocar el cielo necesitas una agencia de verdad, la mía. ¿Te pasas por mi despacho mañana y nos ponemos de acuerdo, Gina?

—Moira no se anda con rodeos.

—Ah, bueno, cl…

34

Diana y Dick interrumpen a Gina.

—Será por la tarde cuando tejáis el destino juntas, Moira. A mediodía vamos a organizar una sesión de fotos con nuestro fotógrafo preferido. Ahora mismo llamo a mi asistente —sentencia Diana. Dick asiente y Gina, qué remedio, también.

Christine da un respingo y abraza a su alucinada amiga. A saltitos, la calma:

—No te preocupes, que te acompañaré al *shooting*. ¿No eres fabulosa, mi mejor amiga?

—Que camine por el espacio, eso me gusta. Me inspiran las chifladuras espaciales de este club.—La idea del *shooting* parte espontáneamente de Iris, que habla poco, pero cuando lo hace, es como un mandato divino. Esto fluye.

—Estoy más que convencida de que caminará por el espacio sideral. A partir de mañana, tu vida va a cambiar. Recuerda mis palabras —digo con la ironía y la autosuficiencia que me caracterizan.

—Me hace muchísima ilusión, os lo prometo. —Palabra de Gina, la inocente.

—¿Quién es vuestro fotógrafo? —inquiere Moira.

—¿Quién va a ser? Dominique Désir —contesta Iris.

—¿Se ha marchado ya? —Diana frunce el ceño.

—Con dos muñecas increíbles, sí, y hace un rato. —Dick fustiga a Diana.

Gina escucha «fotógrafo», «espacio», «fabulosa», «mañana», «agencia», como palabras aisladas, y cree que va a desmayarse en cualquier momento.

—No toleraré ningún comentario jocoso en relación a Dominique —advierto a la pareja de editora de moda-hermana gemela y fotógrafo consagrado.

Diana contraataca:

—De dónde sacas tanta devoción por ese seductor, no lo sé. Ni idea de cómo ha logrado enamorar a alguien como tú, que eres tan fácil como una guerra nuclear.

35

—Qué ordinario que hables de nucleares después del desastre de Chernóbil. Diana, me siento decepcionada —le reprocho muy en serio. Mi hermana cree que mi protegido Dominique y yo somos amantes. ¡Demente!

—Chicas, que haya paz en el mundo. La Guerra Fría ya nos tiene con los pelos de punta. —Dick se tapa la boca para enfatizar su mofa.

—Dick, no le voy a permitir a mi hermana que me busque romances con hombres jóvenes solo porque yo fui la que se encaprichó de él antes de publicar esa foto de morritos Jagger de la que nadie se había percatado, porque las estrellas del rock eran zarrapastrosos antifashion en los años sesenta. Supéralo ya, Diana, por favor —explico.

Se hace la luz.

—Señores y señoras, señoritas y señoritos, monos, caballos y demás fauna y flora que puebla esta arca de Noé del futuro. Bella gente, neoyorquinos de casta y de adopción. Soy miss

Sarko y esta noche es un chachachá, un bolero y un tango. Su-su-sú. ¿Estáis listos para mis ritmos calientes y para la frialdad de los robots?

La *deejay* celeberrima de la City silencia el conflicto entre hermanas para dar paso a la *performance*. Con las notas de *Bésame mucho*, de Consuelo Velázquez, salen en fila india y entre ovaciones, como si visualizáramos al equipo ruso de gimnasia rítmica, unas extrañas amalgamas de hierros, cables y luces intermitentes, androides feos.

Previsible que las películas *Cortocircuito* y *La mujer explosiva* de mi amigo Hughes surgieran en este *happening*. Los robots igual suben y bajan el cuello al estilo de E.T. el extraterrestre como intentan danzar a lo *Billie Jean* de Michael Jackson. Van, vienen, tropiezan entre ellos. Incordian con sus luces. Emulan los guiños de ojo encendiendo un intermitente de su rostro de metal. Inteligencia Artificial, «bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Bésame mucho, que tengo miedo a perderte, perderte después».

La Sarko cambia el romanticismo por la aguda queja del chachachá de *La engañadora*; ya había avisado. Los robots se vuelven locos deambulando en círculos y alargando sus brazos de acero y cables. Se oyen muchos ooohs. «Todos los hombres la tenían que mirar. Estaba bien formadita. En resumen, colosal». Ahí sigue la canción.

Los cinco observamos embelesados a nuestro nuevo fichaje. Gina ríe y juega a ser niña con Christine. El espectáculo de los androides las divierte. Con todo, percibo mentalmente a lo lejos una conversación que me divierte muchísimo más.

—Eres un fiasco, como *tailleur* y como marido. Te planto, me voy y aquí te quedas, don hombreras. Te voy a dejar seco. Me quedaré con todo. Tengo al mejor abogado de la ciudad, y quien más quien menos sabe que los diseños son míos. Míos. ¡Si sacas de esto medio millón de dólares puedes suspirar por esa boquita!

—¡Solo medio millón de dólares? Es decir, que cada uno de los dos polvos que se me han concedido en estos últimos diez años me cuestan... ¡250.000 dólares? Eres una furcia un poco cara, cariño.

Los dos diseñadores se enzarzan en una discusión que sube de tono. ¿Es ella La Engañadora que describe la canción de fondo? ¿Es él el que baila tango? Después de la desbandada del caballo en LA fiesta, atentos, ¡que vienen los caballeros! Esta noche nos está deparando momentos muy emocionantes. De dominio ya general, y no solo para mi placer personal, es que Madame X coge lo primero que tiene a mano, que es un pobre robot feo, y se lo estampa en la cabeza a Monsieur X. Podemos afirmar que la Inteligencia Artificial acaba de marcar el divorcio creativo, de egos y de dinero de una de las marcas de sport más consolidadas en Estados Unidos, XPort.

Con una gran herida en la cabeza, Monsieur X está fuera de sí. Medio Brat Pack de los chicos de moda de las películas acude a sujetar al iracundo creador, que no para de gritar a su Madame X:

—¡Te acordarás de cada minuto que vivimos juntos, zorra! ¡Te lo haré pagar aunque me muera en el intento! ¡Acabaré contigo, farsante!

Madame X desaparece casi en volandas, rodeada por algunos de sus, pongamos, colaboradores. Esta noche se ha desatado una nueva guerra, que presiento será poco fría. Los ánimos están muy encendidos en el seno de XPort. Ni han sido ni serán el único par de diseñadores que separan sus caminos, así que tanta inquina me desconcierta. Por eso, algo me dice que detrás de este desencuentro se esconden otros intereses.

En estas fiestas o se hacen negocios o se rompen negocios. Hay demasiada sangre, así que es preferible que me vaya. A los vampyrus nos inquieta la sangre, pero somos dueños de un gran autocontrol. Y los decanos de los eventos tenemos un lema: el mejor momento para abandonar un sa-

rao es justo al inicio. Ninguna bebida puede perjudicarte menos que la que no tomas, y ninguna hora de más será motivo de arrugas más que esa hora extra que te quedaste cuando sabías que tocaba largarse a casa.

Casi en delirio, mientras huye de la furia del pura raza en LA fiesta, Gina se ve a sí misma corriendo por la orilla de un río. Es de noche, y sus padres están dando un paseo, pero no los encuentra. Corre con lágrimas en los ojos. Los pescadores nocturnos intentan detenerla y se ofrecen a ayudarla, y ella solo corre. Corre y no entiende nada. Quizá si recordara su vida pasada, lo entendería: comprendería que el corazón de Gina, la modelo de los años ochenta, carga con los sufrimientos de muchos años atrás. De los días en los que conoció a Dominique.

© Irene Claver, 2016

Primera edición en este formato: mayo de 2016

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 9788416700028

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.